

DEL TERRITORIO DE IFNI: RELIGION Y CREENCIAS DE AIT BA AMRAN

EN términos generales, los Berberes constituyen un pueblo religioso. Se explica. Pueblo independiente y libre, se encontró sometido a los beduinos conquistadores venidos de la tierra del Profeta; de esta situación de inferioridad social sólo podía salir con ostentación de una fe y de sus prácticas religiosas que, demostrando fidelidad para el Islam, le eleva en rango en la comunidad de los mahometanos, puesto que, cuando a la frente que toca el suelo en la oración ritual se pega una poca de tierra del suelo, vencedores y vencidos viven reunidos y con estimación recíproca.

Es tal la creencia general sobre la islamización superficial de los Berberes, que hasta se llegó a insinuar en los medios franceses la posibilidad de sustraerlos de la influencia del Mahometismo. ¡Vana quimera! Como en alguna ocasión expresó el genial Mariscal Lyautey, sería preciso dar a tal población norteafricana un ejemplo del que, desgraciadamente, no somos capaces: ni tenemos apóstoles suficientes ni nuestra conducta de discípulos ayudaría, si los hubiere. Y, sin embargo, el Padre Foucauld —que con tanta pasión y con tanta intimidad estudió el alma berberí— estimaba no quimérico el propósito de la penetración mística de nuestras creencias, a condición del ejemplo antes indicado, sostenido con

firme fe, animado de optimista esperanza y ofrecido con desinteresada caridad.

Dentro del pueblo berberí, el Sus —comprendido por los límites señalados para esta región geográfica— es una de las regiones más piadosas de Marruecos. Y en el Sus geográfico se halla la confederación objeto de nuestro estudio, cuyos habitantes serían profundamente ofendidos en su orgullo y en su fe, si se sospechara solamente que no eran buenos musulmanes.

Por esto, sabiendo que los Ait Ba Amrán formaban parte del *lef* de los Iguizuln, que el jefe de la familia de los reyes de este *lef* era Si Ahmed u Musa, del Tazerualt, patrón de los viajeros, y que no hay ceremonia de iniciación, ni diversión o festejo, o de elección de un jefe —como antes no la hubo de consejo de guerra o de tratado de paz— sin que previamente se invoque a Al-lah, a Mohamed y a aquel gran santo, se comprenderá cómo Ait Ba Amrán es confederación religiosa, profundamente sometida al influjo del Islam, consecuencia de la acción continuada durante siglos por los reformadores de sus primitivas creencias, por los jefes que encuadraban los adeptos en diversas cofradías, y por los *murábitin* con santidad reconocida, siempre prestos a interceder con su *baraca* en beneficio de las almas dolientes.

Son religiosos los «baamranis», con islamismo ostentado hasta por las mujeres. A éstas se las ve practicar la oración como no las hemos visto en nuestra Zona Norte de Protectorado en Marruecos. Cuidan todos de observar las grandes obligaciones religiosas de la oración, el ayuno (mes de *ramadán*) y la limosna. Nos consideran como extranjeros (*arumi*) o como cristiano (*ansarani*), sienten odio religioso hacia los que venimos de fuera: una cosa era la política (entiéndase librarse de los franceses, con quienes tenían cuentas que saldar) y otra la religión. Y ésta se halla por encima de todo, hacien-

do honor, en cada momento, a su profesión de fe, porque «no hay más que un solo Dios, del que Mohamed es el Enviado». Cuantos pueden, cumplen con el precepto de peregrinar a la Mecca. Es cuando únicamente rompen los límites de su confederación para practicar en el conjunto de la comunidad mahometana aquellas creencias religiosas tan cerradas alrededor de sus *murábitin* locales o tribales. Pruébalo la buena voluntad con que —con anterioridad a nuestra ocupación— les aportaban el *aachór* (diezmo) de las cosechas, como lo hacían a sus reconocidos *ulama* (pl. de *alem*) o *tolba* (pl. de *taleb*).

Los Ait Ba Amrán, pues, como todos los musulmanes de Marruecos, son sunnitas que, desde la época de los *murábitin* (almorávides), siguen el rito ortodoxo *malequí*, instituído por Malec ben Anás.

Celebran las dos fiestas canónicas, *Aaid Quebir* y *Aaid seguir*; la del *Mulud* o conmemoración del nacimiento del Profeta, y la del *Aáchor* (10 del mes *moharram*).

Pero los «baamranis» —¡tan humanos y tan pobres!— se encuentran muy alejados de la Divinidad, tanto que —a pesar de que el Profeta reservase para sí mismo el poder de la intercesión (*chafáa*) como mediador único entre Dios y el musulmán— precisan de otros intercesores privilegiados, con un poder sobrenatural, *carama* o *baraca*, tan reconocido que, en ocasiones, el propio devoto confunde en sus súplicas al mediador con el que ha de conceder. ¡Si hasta llegan a conminarle en sus demandas, cual si fuere posible y fructífera la coacción! Resulta, pues, que, aunque muy poco ortodoxo, el culto a los santos está muy desarrollado en Ait Ba Amrán, y como lo mismo se rinde al santo difunto que al morábito vivo su práctica llega a parecer una verdadera antropolatría. Se venera, pues, al antepasado virtuoso que fué, y se respeta y aun adora al descendiente que ha heredado la *baraca*.

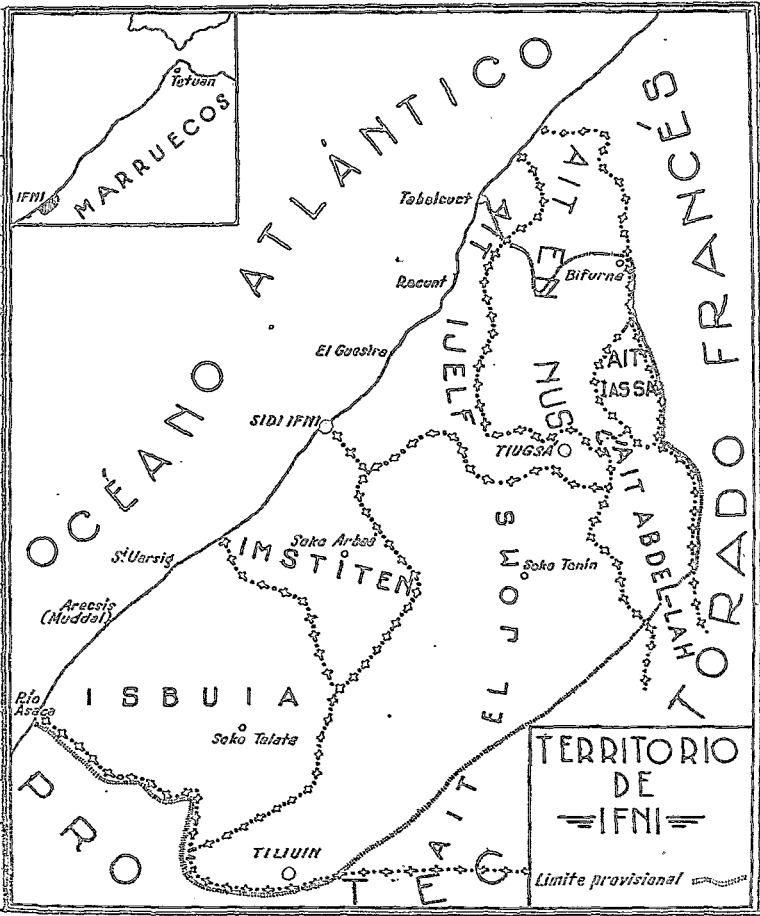
De nada sirvió que a mediados del siglo XVIII Mohamed b. Abdeluahid se pusiera al frente de los puritanos del Islam, promoviendo la reforma que ha llegado a nuestros días con el nombre de Uahebismo (1), la que impone se ruegue únicamente a Dios, y declara idolatría toda veneración a personas humanas. El pueblo sencillo e inculto precisa algo más tangible que la fe en Dios y en su Profeta, suficientes en los primeros tiempos del Islam.

Pese a todos los propósitos y a todas las campañas, el culto a los santos —con santidad atribuída, en ocasiones, a imbéciles, locos pacíficos o iluminados, si bien, generalmente, lo ha sido a hombres justos y virtuosos, habiendo observado rigurosamente los deberes de su religión— ha ganado la transigencia y ha sido aceptado, porque por encima de las disposiciones del *Imam* ha saltado la devoción de las multitudes, con afán de satisfacer esos anhelos evidenciados en las peregrinaciones o *ziaras* hasta el morabito de su devoción, para pedir la curación de una dolencia, la fecundidad de una esposa, el acrecentamiento de las riquezas, el triunfo en los estudios, que el hijo por venir sea varón, que el producto de la vaca sea hembra y otros intereses de tipo material.

Tal devoción se pone generalmente —según ya se ha dicho— en hombres justos y virtuosos que renunciaron al mundo, buscando el retiro y la soledad; que han practicado el ayuno y la abstinencia; que han pasado noches y noches recordando a Dios, rogando a Dios, repitiendo su nombre; que, teólogos, fueron los puntales (*autad*) inquebrantables y sostenedores de la fe mahometana y los hitos indicadores del buen camino, evitando al Islam —en su rápida expansión, al contacto con doctrinas erróneas, alejado de su pura fuen-

(1) Precursor de éste fué el movimiento de reacción provocado por el Kadí Ibu Teimfa.

te— cualquier alteración, todo quebrantamiento; que, iniciados en la sabiduría divina, han sido los guías espirituales de las almas aspirando a la vida ascética, al éxtasis místico,



al puro amor de Dios. Toda una legión de santos, mediadores de la humanidad, columnas de su fe, jefes de agrupaciones religiosas o cofradías, tienen ganados los sentimientos religiosos de Marruecos, y, en Marruecos, del Sus, y, en este Sus geográfico, de los Ait Ba Amrán.

En todos ellos pone su confianza el berber, a todos les pide y suplica que su bendición directa o su intercesión cerca de Al-lah le favorezca en sus problemas de cada día, tan en relación con la fertilidad de las tierras y abundancia de las cosechas, como con la conservación de los ganados y la fecundidad de sus hembras. No descuida rogarles que, en la otra vida, le abran las puertas del paraíso.

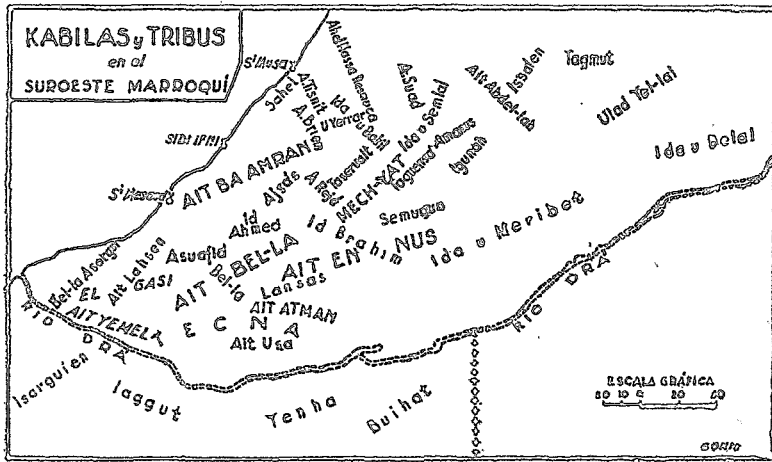
Modelada la veneración de los morabitos a las formas diversas de la organización social, existe una jerarquía en el santoral que va desde el morabito de la confederación al árbol sagrado del poblado.

Así encontramos, como protector de varias confederaciones, a Sid Ahmed u Musa, de Tazerualt, cuyo amparo se implora, y al que —en tiempos pasados— acudían buscando asilo los kaïdes venales y los asesinos fugitivos. Los poetas y juglares de sokos, todas las tropas de saltimbanquis, no dejan de mencionarlo antes de comenzar sus recitaciones o exhibiciones.

Con veneración en Ait Ba Amrán sobresale entre todos los morabitos Sidi Mohamed ben Abdel-lah, cuya *kubba* se destaca en la desembocadura del río Salgomad (de la serpiente). Luego, cada kabila tiene, venera y honra sus santos propios. Así, mientras la de los Imstiten hállase protegida por 14 morabitos, Ait Ijelf tiene 18; Ait Iazza, 19; Ait en Nus, 20; Isbuia, 22; Ait Abdel-lah, 27, y Ait el Joms, 126. Lo que hace un total de 246 morabitos, de los que sólo 29 tienen por referencia blanquecina *kubba*. Estas cifras —que sobrecogerían el espíritu de un musulmán puro, cuyo afán es ver desaparecer este culto— demuestran claramente cómo la islamización de estos berberes se consiguió a través de influencias personales, más que por comprensión de doctrinas. Cada poblado, por tanto, quiere honrar el recuerdo de un personaje que, por tradición, sabe goza de influencia reli-

giosa; quiere, además, sentirse protegido. Y acude a él en peregrinación o *ziara*, principal manifestación del culto a los santos.

Como ella ha sido generadora de un gran número de abusos, los que velan por la pureza de la religión y se preocupan por prohibir ciertas prácticas en uso entre nosotros han impuesto que el peregrino (*zair*) no dirija sus oraciones direc-



tamente al santo, convenciéndole de que con la recitación repetida de la *fatiha* o primer *sura* del Korán buscan el beneficio de aquél; no le dejan posternarse ante su tumba, ni tocarla, y menos pasarse la mano por la cara si —desobediente— ha tocado aquélla; tampoco le permiten recoger el agua estancada sobre la sepultura, ni lavarse con ella, ni siquiera hacer ligeras aplicaciones sobre su cuerpo; le prohíben también guardar tierra de aquélla. Pero la devoción de estas gentes, a su manera, les hace prosternarse, tocar las tumbas, hablar a los santos, guardar el agua de sus enterramientos o de las fuentes próximas, conservar la tierra de los pequeños túmulos en pedacitos de trapo o estuches de cuero para ello pre-

parados y puestos a la venta; hasta elevar las *kubbas* —a pesar de que el *haditz* prevenga queden las sepulturas a ras del suelo—, cubrir los túmulos con paños, terciopelos o damascos (*quesua* o vestido), encenderles cirios, dejar exvotos.

Algún que otro morabito extiende su influencia más allá de los límites cantonales, ejerciéndola sobre toda una kabila. Es de los que ha dejado descendientes, herederos de su *baraca*, cuyo papel es considerable por sí y por sus sucesores, invocados frecuentemente: antes, como árbitros en las luchas entre kabilas; hoy, para demandar el juramento exigido por el derecho berberí en caso de muerte o robo.

En los Imstiten se venera y visita a Sidi Uarsig, que mata al ladrón; a Si El Hach ben Abdel-lah, que castiga igualmente al perjuró; a Sidi Mumen, que cura las afecciones nerviosas, y a Sidi Bu Najla (el de la palmera), que devuelve la salud a cuantos se lo suplican. En la kabila Isbuia, Sidi Brahim ben el Hosain goza de la misma virtud que Sidi Bu Najla, de los Imstiten; Sidi Bu Otzman se limita a curar granos; Sidi Taula, las fiebres, como Sidi El Manzur; Sidi Becar, las enfermedades nerviosas; Sidi Bu El Maiz (el de la cabra), castiga a los perjuros (2), como Sidi Mohamed Rami, Sidi Ahmed ben Fadil y Sidi Innu, que los ciegan; Sidi Ihia u Ihia cura todas las enfermedades. En Ait Ijelf, Sidi Mehand u Alí protege a los pescadores, haciendo zozobrar el «aguerrabo», del que no aporta un pescado al encargado de su *kubba*; Sidi Mohamed B. Abdel-lah cura a los nerviosos, vuelve el juicio a los locos; Sidi Mohamed ben Alí ataca la esterilidad de las mujeres. En Ait Abdel-lah, calman esta ansiedad Sidi Brahim u Abdel-lah y Sidi Bu Reyá; Sidi Áb-

(2) Un individuo que había robado una cabra negó la mala acción; fué llevado ante este morabito (cuyo nombre se desconoce) y juró en falso: la cabra baló en su interior.

del-lah u Mumem, Sidi Iazzá u Ihda y Sidi el Hach Nsar, protegen los ganados contra las epidemias; Sidi Bu. Abdel-li, Sidi Abdel-lah, Sidi Daued u Brahim y Sidi el Tenin, curan las enfermedades en general; Sidi Bu Medint tan sólo alivia las fiebres; Sidi Alí Bu Tiani pide agua a las nubes; Sidi Hasain cuida la cosecha del argán. En la kabila Ait en Nos Sidi Bu Brahim, de Iseg, mata, en el año, al atrevido que roba en sus inmediaciones; Sidi Mohammed u Addi castiga al perjuró; Sidi Bu Fadil cura los nervios; Lal-la Hasnar cura los granos con agua «dormida» sobre su tumba. En la kabila Ait el Joms, Sidi Sliman, Sidi Mohammed ben Daud, Sidi Moha u Brahim, Sidi Lahsen ben Aomar y Sidi Salkaría curan las enfermedades en general; Sidi Abu el Homma—según indica su nombre— cura las fiebres, como Sidi Abdel-lah ben Iahia y Sidi Mesaud ben Iazin; Sidi Brahim el Gammani y Sidi Ahmed el Fil curan las enfermedades de los ojos; Sidi Matáal-lah, las nerviosas; Sidi Bekku la sífilis; Sidi el Hafid salva a los envenenados; Sidi Bu Alauaad, Sidi el Golat y Sidi Abdelcrim curan las enfermedades del ganado, cuya muerte evitan. En la kabila Ait Iazza, Sidi Bu Mehdi castiga a los perjuros, y Sidi Bu Chartón cura a los enfermos.

Son venerados algunos lugares que conservan restos de morabitos *Regragui* (colectivo, *Regraga*).

Según la historia, los *Regraga* son una tribu de berberes «Masmudis» (de *masmudi*; col. *Masmuda*) que, desde los tiempos más atrasados, se hallaban instalados en el monte Hadid (de Hierro), en donde estaban en contacto con la tribu de los Chiadma. Viviendo en la fe monoteísta, adorando a Dios exaltado o elevado (*Rebbi taala*), según la tradición que les dió celebridad, los «regraguis» creyeron en la misión de Sidi Aisa (Jesús), estimándole no como un hijo de Dios, sino como su servidor y su enviado. Adeptos de la doctrina de Je-

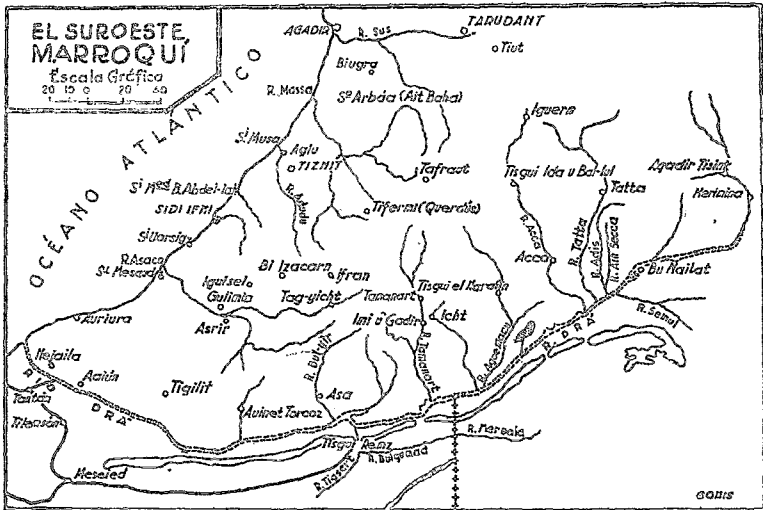
sús, fueron sus discípulos (*hauaríen*), y le consideraron como un precursor; pues —según ellos— el día de la Ascensión había anunciado el envío de un profeta que convencería al mundo para adoptar la religión definitiva.

Mantenida de generación en generación esta creencia entre los «regraguis», cuando el profeta árabe se manifestó, creyeron realizada la promesa de Jesús. Y siete de ellos se trasladaron a Arabia. Ya en la Mecca, entraron en la mezquita; vieron un grupo, y preguntó un berber: «*Mit guigun digan Arkás n Rebbi?*» (¿Quién de vosotros es el Enviado de Dios?) Aunque los asistentes quedaron perplejos con aquella manera de expresarse, Mohammed respondió en berber: «*Nequi; achquid*» (Yo; ven).

Sumados a la nueva religión, y en posesión de una carta de Mohammed exhortando a las gentes del Magrib a abrazar el islamismo, volvieron a su país de origen, convocando a los Chiadma a una asamblea solemne en el lugar conocido por Charquer, del monte Hadid. Tras la lectura de la carta, y sin más predicaciones, se convirtieron en masa al mahometismo que, a través de las tribus «masmudías», se propagó por Marruecos y, rebasando sus límites, se desparramó por todo el Magrib.

Los «regraguis», para evitar se entibiara la fe de los neófitos musulmanes, acostumbraban a recorrer Chiadma durante la primavera. En recuerdo de tales recorridos, sus descendientes efectúan, a mediados de marzo de cada año, una vuelta (*daw*) con duración de cuarenta días, en visita de cada una de las siete tumbas de sus antepasados. La duodécima noche la pasan en la zúia de Aquermud. Como además de los *Se-beatu Riyal* visitan las tumbas de morabitos «regraguis», los peregrinos pasan dos veces por la tumba de Mulai Bu Zeregtun, situada en la costa a unos dieciocho kilómetros al Norte de Mogador; de aquí el sobrenombre de *Mula Daurin* (el de

las dos vueltas) dado a este santo protector de los marinos, cuya *kubba* está erigida sobre un pequeño acantilado, su *baraca* es reputada y su romería anual (*mussem*), hacia el 15 de octubre, es destacada por sus singulares costumbres; una de las más significativas es la libertad con que se desenvuelven las mujeres casadas, no obligadas a guardar la



separación cerca de los hombres, ni su reserva natural, pues su virtud no corre peligro alguno, ya que el santo las protege y vigila dispuesto a castigar inexorablemente a los hombres que demuestran encerrar malas intenciones. La libertad llega a manifestarse en el baño que aquéllas se dan, buscando que el golpe de siete olas sucesivas las haga madres, o —si son solteras— con la esperanza de alcanzar un próximo matrimonio. ¡Hasta a las burras se las mete en el mar para que den buenos productos!

Los «regraguis» constituyeron una organización religiosa cuyos individuos salieron en misión repartidos por todo el Sur marroquí, muy especialmente por el Occidente del Anti

Atlas. De aquí que se encuentre tanta tumba suya en la parte costera del Atlántico.

La organización fué fundada por Abu Said Abderraman, Reragui, muerto en Chichaua (1370), y por Abu Otman Said, Hartani, cuya zúia estaba establecida en la desembocadura del río Tensift. Se estimaba derivada del Chadilismo. Religiosos y guerreros —como es tradición en el Islam— predicaron e hicieron conocer, contra toda hostilidad, las doctrinas del verdadero Dios. Según la tradición, «reraguis» fueron los «cuarenta misioneros del Magreb». «Reraguis» son —y descendientes de tales personajes— los que periódicamente traen a la memoria de los «baarmanis» el recuerdo de sus antepasados, demostrando generosamente en las provechosas ofrendas que les entregan con ocasión de las «ziaras» o «dauaras», renovadoras de la protección deseada.

Entre los «reraguis» que sucumbieron luchando en la tierra dura e independiente de Ait Ba Amrán, señalemos: Sidi Mohammed ben Abdel-lah, Sidi Ali u Mohammed —el Sidi Ifni de hoy, que da el nombre a la capital del territorio de Ifni—; Sidi Uraig, Sidi Mehand ben Daud (3), su hermano Sidi Musa (4) y Sidi Musa (5).

Consignemos, también, que —según la leyenda— con un «reragui» estaba casada la portuguesa Nuna, que residió en Asrir, dió su nombre a la comarca entre Tag-yist y Tiliuin —llamada por nosotros Uad Nnun—, quedó enterrada a Po-

(3) Los tres primeros están enterrados en la costa, en el mismo lugar en que sucumbieron en la *yihad* o guerra santa; sus «kubbas» están ubicadas, respectivamente, en tierras de Ait Ijelt e Isbuia. El cuarto, en la tierra de los Imstiten.

(4) Enterrado en Tadaiegt, de los Ait Yerrar (Marruecos francés).

(5) Enterrado en la desembocadura del río Adudu, a cinco kilómetros de Aglu (Marruecos francés) y en un fondeadero que fué muy frecuentado en la remota Edad Media por los navegantes árabes; que figuró en los portulanos del siglo XV y que conoció gran actividad como puerto de pesca para los berberes.

niente de Sidi Mohammed ben Amar, y dejó como descendencia a la actual tribu de Ait Iasin (6). Del paso de esta portuguesa por Ait Ba Amrán hacia lo que hoy es Marruecos protegido por Francia, queda como recuerdo en el monte Bu Isemgán (en la margen izquierda del río Asaca) la *janga Tarumit* o garganta de la Cristiana.

Otros matrimonios concertaron los «regraguis» combatientes por la fe, uniéndose a cristianos portugueses y creando descendencias. As, Gayiya, que dió nombre a Tag-yicht, en donde se guardan sus restos; son sus descendientes Ida u Luggan, actualmente incorporados a Id Brahim (Ajt en Nus) y a los Azuafid (Ait Bel-la) de los Atmán (Tecna).

Otra cristiana, llamada María, también casó con un «regragui» y vivió en la «kasba» de Idiúas, región de Tamanart (7); de ella se hacen descender los Ait Herbil.

A. DOMENECH LAFUENTE

(6) Los Ait Iasin son «tecnis» del grupo oriental de los Ait Atmán. Pertenecen a la fracción Ait Bel-la (que es la que, por su preponderancia, da nombre al grupo) y están compuestos por las familias Hasinat, Ulad Salem, Ulad Jacam, Ulad Fadel y Ulad ben Abdellah. Se calcula para los Ait Iasin unos cuatrocientos fuegos, y es su poblado más importante Asrir, con unas ciento treinta casas y diez mil palmeras. En él residen algunos Ait Ahmed u Alí, de los Azuafid (Ait Bel-la, también). Asrir es citado en los textos antiguos como la ciudad de Lamta. Nul Lamta fué un gran centro comercial; cabeza de línea para las caravanas que se arriesganban por el desierto. Nul Lamta dejó paso a Tgaost, que estuvo emplazada en el actual Quesabí.

La mayoría son nómadas, y rara vez pasan el río Dráa. Tienen familias establecidas entre los Zaer y los Cherarda (Marruecos francés).

(7) Tamanart fué la capital de los Iguezulen. Su emplazamiento en la vertiente (*dís*) sur del Anti-Atlas, en la puerta del desierto, justifica en parte la permanencia de los Iguezulen en la montaña, expulsando o haciendo muy difícil la vida de los autóctonos Tahoggat o del «def» (partido) opuesto. Actualmente conserva importancia por razón de su situación, y con los otros palmerales del monte Bani, abastece de dátiles de buena calidad a todo el Sur marroquí.

